

DISCURSO

PARA EL DÍA

DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA.

(DE TRONCOSO.)

Exaltavi electum de plebe mea.

He ensalzado á aquel que escogí de entre mi pueblo.

Salmo 83. v. 20.

Propiedad es de corazones magnánimos aspirar á sublimarse sobre sus semejantes en alguna cualidad ó prerogativa singular; pero anhelar á sublimarse en todas, es una insaciabilidad que caracteriza á un corazón fastuoso que no puede sufrir haya otro que pueda superarle. No es cosa fácil satisfacer este deseo; ántes por el contrario debiera mirarse como un prodigio fenomenal el que llegase á conseguirlo. Hánse visto hombres que han descollado en las ciencias á manera de robustos cedros; pero no han podido ménos de reconocer en otros la superioridad de conocimientos militares; estos, á guisa de águilas, han penetrado hasta lo mas elevado del cielo, han analizado los astros y sometido á las reglas de la astronomía el movimiento periódico de los planetas: aquellos han atravesado los mares, han descubierto climas desconocidos y han eslabonado ambos mundos por medio de la brújula. Pero jamas hasta ahora se han visto reunidos en un solo mortal tanta diversidad de conocimientos en un grado superior á los demas de su naturaleza. El mismo Dios no ha querido sublimar en su iglesia á un mismo hombre á todos los grados de una suprema santidad. Á quien ha concedido el poder ceñir sus sienes con la aureola de doctor: á quién el empuñar en su mano la palma del martirio; á unos

ha dado el don de profecía; á otros el de curacion; cual de ellos se ha distinguido en el celo de la predicacion; cual en la gloria de la virginidad. Tal es, señores, la ley ordinaria ponderada por san Pablo con aquellas palabras: « Á unos ha constituido Dios apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros doctores y pastores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, en las funciones de su ministerio y en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo (1). Por esto dijo el Nacimiento que solo aquel debia considerarse muy bueno, que ó poseyese muchas virtudes con mediocridad, ó una sola en grado eminente.

¿ Pero es posible, amados oyentes, que esta ley sacrosanta sea de tal manera fija é irrevocable que no pueda tener una excepcion en alguna criatura? Oh! girad con vuestra mente en torno del universo, trasportaos á los pasados siglos, recorred todas las naciones, y si no me engaño, preciso será que encontréis en un solo personaje una excepcion gloriosa de este orden, un fenómeno extraordinario que reúna en sí solo las sublimes prerogativas de todos los santos, lo mas elevado de todas las gracias comunicadas á los mortales, lo mas heróico de todas las virtudes. ¿ Y quién juzgais sea ese sino el héroe que hoy aplaudimos, y cuya memoria renueva con tanto júbilo la iglesia católica? Sí, católicos, Juan, el discípulo amado de Jesus, es quien nos ofrece en su sola persona ese conjunto de cualidades brillantísimas que le distinguen de todos los demas bienaventurados, y le hacen resplandecer en la Jerusalem celeste como un sol en perpetuas eternidades. Juan es aquel á quien el Señor se dignó escoger entre todos aquellos que fueron las piedras angulares del grandioso edificio de su iglesia, para ensalzarle sobre todos y haterle el compendio de sus divinos dones: *Exaltavi electum de plebe mea*. Él es virgen, él es apóstol, él es doctor, él es evangelista, él es profeta, él es mártir. Oh! Cuántas aureolas adornan su frente! ¿ Y acaso poseyó esta multiplicidad de dones en un grado igual á los demas? No, él los poseyó en un grado heróico, eminente, singular, cual ningun otro llegó á obtenerlos.

Léjos de mí, amados oyentes, pretender menoscabar la gloria de ningun santo. Juzgárame altamente reprehensible si, lle-

(1) *Ad Ephes. c. 4. v. 11 et 12.*

vado de un excesivo entusiasmo hacia el objeto de nuestros cultos, quisiese ensalzar sus méritos rebajando los de los demás héroes de la religion. Solo intento haceros ver hasta dónde llegó el amor de Jesucristo hacia su discípulo privilegiado, pues le plugo ensalzarle sobre sus escogidos, reuniendo en su persona lo mas sublime de aquellas gracias que su misericordia distribuye gratuitamente cómo y á quien bien le place, segun el lenguaje del Apóstol. Registremos los sagrados Libros y los anales eclesiásticos, y no podremos ménos de admirar en san Juan la gloria de la virginidad, el honor del apostolado, el doctor por excelencia, el águila de los evangelistas, el profeta de la ley de gracia, y el esplendor del martirio. Todas estas prerogativas reunidas en nuestro santo en el grado mas excelente, probarán que fué el discípulo amado, el escogido entre todo su pueblo para ensalzarle entre todos los demás. Hé aquí el asunto de mi discurso.

Oh buen Jesus! Cuando me propongo elogiar á quien tanto amasteis, no dudo me comunicaréis aquella unción y gracia que al efecto necesito. Os ruego, Señor, en nombre de vuestra Madre dulcísima, y para inclinarla en mi favor, la dirijo con todos mis oyentes la salutacion angélica: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Con razon canta hoy la iglesia católica que Jesucristo amó sobremanera á su discípulo san Juan, porque la prerogativa especial de su castidad, le hacia digno de una singular predileccion. Y quién osaria disputarle esta gloria? Él fué virgen, no solamente en aquel tiempo en que la virginidad habia sido enseñada por Jesucristo, y persuadida con las mas especiales demostraciones de afecto, sí que tambien entónces cuando era una virtud conocida de muy pocos, aborrecida de muchos, y casi por ninguno practicada. Eutimio asegura que la guardó desde su niñez con un cuidado singular, no solamente en el cuerpo, sino tambien en el alma, como una joya de precio inestimable. Añádase á esto la circunstancia de las personas entre quienes vivió. No hay quien pueda ignorar que el nombre de virginidad entre los hebreos, bien léjos de ser un título de honor, era como una marca de ignominia. De aquí es que en la antigua ley fueron muy pocos los que conocieron su valor, co-

mo un Melquisedec, un Josué, un Jeremías, á quienes san Ignacio mártir enumera entre los vírgenes; y Elías, Eliseo y Daniel, á quienes atribuye el mismo honor el Damasceno. Por lo demás entre los doce apóstoles de Jesucristo, solo de san Juan se sabe que hubiese guardado la virginidad. Sin embargo, ninguno como él debió luchar contra aquellos estímulos que arrastran á los placeres de la sensualidad. Estaba en todo el verdor de su juventud; poseía un entendimiento despejado; tenia unos modales apacibles; y aunque sumido en la condicion oscura de pescador, era en sentir de san Gerónimo, de sangre noble, y tenia fácil entrada en la corte, como lo comprueba el haber introducido con su favor á san Pedro en el palacio del presidente, en la noche de la Pasion, cuando todos los demás discípulos del Salvador, si no eran lanzados como infames, eran al ménos mirados como impíos.

¿Cuán admirable es pues, católicos, el ver á san Juan guardar en medio de tantos peligros una virginidad tan incorrupta, tan inmaculada, que el mismo Jesucristo no dudó admitirle á sus mas íntimos secretos, tratándole con una familiaridad nunca vista? Vedle en la noche de la cena al lado de su celestial Maestro, no como los demás apóstoles, postrados á sus piés y manifestándole su dolorosa pena, sino reposando apaciblemente sobre su divino seno. ¡Ah, digna era, exclama un piadoso orador, digna era de esta honrosa distincion aquella virtud que forma las delicias de Dios y la emulacion de los ángeles! ¿Y no le visteis tambien al pié de la cruz recibiendo en testamento á la madre de Jesus por madre suya? ¿Á quién otro sino á Juan fueron dichas aquellas palabras tan llenas de ternura: « hé ahí á tu madre? » Solo á él, exclama el Damiano, y á ninguno fuera de él podia dejarse en legado la virginidad de María, porque ningun otro como él poseía esta virtud angelical.

Imaginad ahora, católicos, qué incrementos no debió recibir la pureza de este discípulo amado con esta singularísima prerogativa. Si como piadosamente enseñan los padres de la iglesia, una sola mirada fijada en el bellissimo rostro de María, bastaba para engendrar en el corazon humano el amor mas decidido á la virginidad, ¿á qué grado no llegaría en aquel que de continuo la tenia delante, que vivia con ella, con ella conversaba, con ella comia, y no la abandonó en tantos años? Esto solo bastó al citado padre san Pedro Damiano para decir que

Juan es en la iglesia católica, y fué desde el principio del mundo, superior á todos los vírgenes. Tanto, que ni aun los mismos ángeles, como se lee en el Apocalipsis, quisieron recibir de él ninguna muestra de obsequio y de veneracion, como para demostrar, continúa el santo doctor, que era igual á ellos en aquella excelencia en que ellos son superiores á los demas mortales. Ahora bien, señores, aun cuando no resplandeciese en nuestro héroe otro privilegio mas que este, ¿no seria digno de la mayor admiracion? ¿No bastaria su sola virginidad para ensalzarle sobre los demas escogidos de Dios?

Mas dejemos de considerarle como vírgen y contemplémosle como apóstol. ¿Habrá quien le suponga inferior en esta cualidad á los otros apóstoles de Jesucristo? No seré yo tampoco quien me atreva á decir que Juan fuese superior á ninguno en la dignidad, pues esta fué igual en todos los que fueron llamados á ejercerla; empero no dudaré asegurar que en cuanto á la duracion de las fatigas no hubo quien se le igualase. Juan fué el que entró mas jóven en el apostolado, y el que murió en él de mas edad. Si los demas trabajaron, cuál diez, cuál veinte, cuál treinta ó mas años despues de la muerte de Cristo, él trabajó por espacio de setenta sin perder jamas un solo momento que no consagrarse á la gloria de Dios y de su iglesia. ¿Quién no sabe el fervor y el ardoroso celo con que se señaló desde luego en la predicacion de la palabra divina? ¿No fué el primero que despues de la Ascension del Salvador á los cielos se presentó con Pedro en medio de la deicida Jerusalem, á anunciar la divinidad del Crucificado? ¿No fué el primero que la defendió ante los tribunales? ¿No fué el primero que experimentó por su causa las ignominias y sufrió crueles azotes? ¿Quién fundó mas iglesias que él? En sola el Asia menor fundó, en sentir de san Gerónimo, la de Éfeso, la de Filadelfia, la de Laodicea, la de Pérgamo, la de Sardía, la de Esmirna y la de Tiatira. ¡Cuántos sudores, cuántas vigiliás, qué trabajos no debió proporcionarle la conversion de tantas almas como condujo al redil del Salvador! Bástenos, católicos, recordar lo que hizo por aquel discípulo á quien convirtiera á la fe, el cual durante su ausencia, habiendo vuelto á sus antiguos desórdenes, se lanzó hasta el abismo de la desesperacion. No bien llega á saber el santo apóstol que aquel jóven se habia descarriado, y que cual caballo desbocado se habia abandonado á los mas

atroces delitos, hasta hacerse jefe de una banda de malhechores que tenian aterrado todo el país, corre en pos de él como buen pastor, le busca sin dar descanso á sus párpados, y hallado que le hubo, le llama con acento cariñoso. En vano el malogrado jóven huye de la presencia del anciano obispo; este, sin perderle de vista, síguete en pos con los ojos bañados en llanto, y no cesa de decirle: ¿por qué, oh amado hijo, huyes de tu desventurado padre? Qué temes de mi? Tú eres jóven, y yo viejo; tú robusto y yo débil; tú estás provisto de armas y yo desarmado. Á buscarte vengo como padre, como amigo, como defensor. Ven, ven; no receles; yo daré cuenta de ti á Cristo; yo me encargaré de satisfacer por tus culpas; en cualquiera tribunal que sea, ora en la tierra, ora en el cielo, pronto estoy á ofrecer por ti mi vida. La victoria no podia ser dudosa; el jóven cae de su caballo y se postra á los piés del apóstol; el apóstol le estrecha en su seno, le acaricia, le consuela, le restituye al aprisco del Salvador, y hace de él uno de los mas fervientes cooperadores de sus tareas apostólicas.

Raciocinemos ahora, amados oyentes; si esto hizo san Juan por salvar á una sola alma; si tanto lloró, si tanto se afligió por la pérdida de una sola oveja, que aunque anciano, débil y extenuado, no dudó atravesar montes, trepar riscos y salvar bosques horrendos, ¿qué no haria en edad mas lozana y en ocasiones ménos difíciles? El que buscaba con tanto anhelo á los que huían, ¿abandonaria á los que le buscaban? Y si pudo trasformar en obispos celosos á los hombres mas criminales, ¿qué no haria de los mismos obispos? Ah! No hay mas que leer el Apocalipsis para persuadirse hasta qué punto llegó el fervor de aquellos pastores constituídos por san Juan en las iglesias del Asia menor, á quien el cielo mismo denomina con el dictado de ángeles. Aun cuando no hubiese otra cosa digna de memoria en su apostolado, seria mas que suficiente para ensalzar sobremanera el mérito de quien no solamente supo fundar aquellas iglesias tan célebres en todo el universo, sino que supo proveerlas de tan dignos sacerdotes. Mas no, su predicacion no se concretó á aquella sola provincia; él llevó el Evangelio á la Frigia, penetró en el país de los Partos, y se internó hasta en los confines mas remotos del oriente; y allí y en todas partes todo su conato fué extender las glorias de la cruz y conquistar almas á Jesucristo.

No resplandece ménos la gloria de nuestro santo bajo el carácter de doctor. Su doctrina ha sido siempre admirada en todas las escuelas. No solamente los cristianos, aun los mismos infieles la han tributado los mas sinceros elogios. Aquellos gentiles que la miraban como un delirio cuando la oían de la boca de los demas apóstoles, escuchábanla como un oráculo de los labios de san Juan. ¿Quién ignora que los fastuosos y arrogantes discípulos de Platon no se han desdeñado en muchas ocasiones de usar de sus sublimes pensamientos, exornando con sus sentencias sus voluminosos escritos? Leed, amados oyentes, leed las cartas de san Juan, y hallaréis en ellas una sabiduría toda celestial. Todo en ellas respira una piedad que encanta el corazon al propio tiempo que arrastra el entendimiento. Sus expresiones son otros tantos dardos que inflaman, porque todas tienen por objeto el amor de Dios y la caridad del prójimo, principios fundamentales de toda justicia, resumen de toda santidad y compendio de toda la ley de Jesucristo. Aun en aquellos últimos momentos de su vida en que ya no podia casi hablar, le oiréis repetir á cada momento á sus discípulos: « Hijitos míos, amaos mutuamente. » Nada pues me maravilla que, segun el Damiano, solo san Juan entre todos los apóstoles haya merecido el título de teólogo; y que como escribe el sabio obispo de Niza, la misma Reina de los ángeles le diese por maestro al gran Gregorio Taumaturgo, cuando llegando este á ocupar la silla de Neocesarea, sepultada á la sazón en un profundo caos de errores, la suplicó se dignase dictarla la doctrina que debia enseñar á sus ovejas.

¿Mas qué diriais, señores, si me atreviese á repetir lo que respecto de la doctrina del apóstol san Juan dejó escrito el Crisóstomo? Es indudable que los ángeles han sido en muchas ocasiones los maestros de los hombres acerca de ciertos objetos de un orden superior á su menguada inteligencia. De un ángel aprendió Daniel los grandes misterios concernientes á la libertad del pueblo de Dios; de un ángel aprendió Manue á educar santamente al pequeñuelo Sanson; de un ángel supo Tobías el secreto de curar la ceguera de su anciano padre con los restos de un pez del Tigris; de un ángel recibió Gedeon las instrucciones para evadirse de las emboscadas de los madianitas; ¿y quién sino los ángeles anunciaron á los apóstoles la gloria de Jesucristo resucitado y la soberana majestad de su segunda ve-

nida al mundo? Pues bien, en opinion del citado padre, san Juan ha podido ser maestro de los mismos ángeles, y de hecho han aprendido de él los mas sublimes misterios y los arcanos mas recónditos de la Encarnacion del Verbo, misterios que no habian llegado á penetrar hasta tanto que él los explicó con su celestial pluma. ¡Qué elogio tan singular! ¿De quién jamas se oyó cosa semejante?

Aquí, señores, se me representa san Juan como evangelista. Prodigio indefinible! ¿Quién será capaz de seguir el rápido vuelo de esta águila misteriosa? Nada, señores, hay de comun entre nuestro héroe y los demas evangelistas de Jesucristo. Estos nos representan al Salvador bajo los emblemas de su humanidad; ora tiritando entre las fajas de la infancia, ora lánguido y desfigurado en la cruz; ya cansado de caminar por los pueblos de la Judea, ya sudando sangre en el huerto de las Olivas. San Juan, desde la primera letra de su Evangelio nos manifiesta á un Dios en toda su grandeza, en toda su gloria, en toda su inmensidad, en la eternidad de su Ser adorable. Á manera de un refulgente rayo, se eleva á la region del aire, penetra las nubes, traspasa el espacio, llega al empíreo, contempla al Ser supremo en el seno mismo de lo infinito, y exclama: « en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. » ¡Palabras sublimes que encierran los mas altos misterios que jamas pudieron haber en humano entendimiento! Palabras que, semejantes á la torre de David, han hecho frente á los tiros de todos los enemigos de la esposa del Cordero; porque en ellas se encierran las armas victoriosas que en todos los siglos han hecho sucumbir al error y á la mentira. Contra el Evangelio de san Juan han venido á estrellarse los desmanes de Cerinto, de Ebion, de los nicolaitas y de todos cuantos monstruos abortara el infierno para oponerse al Hijo de Dios, á la eternidad de su duracion, á la divinidad de su ser, ó á su consustancialidad con el Padre. Cada expresion suya es una explosion formidable que derriba por tierra millares de sectarios. Aquí caen los monotelitas y sabelianos; allí los socinianos y marcionitas; ora los discípulos de Eutiques huyen despayoridos á ocultar su confusion en los antros de su tenebrosa ciencia; ora los adeptos de Nestorio se acogen bajo los pabellones de unos símbolos equívocos que los enredan cada vez mas en sus propios errores. Pero san Juan triunfa de todos

sus efugios. Con su Evangelio en la mano promulgan los padres de Nicea sus decisiones irrevocables; con él se presentan impávidos los Atanasios y desmenuzan los equívocos artificiosos de la herejía arriana; con él los Hilarios.... ¿Mas para qué cansarnos? ¿Quién ignora que en los tiempos mas aciagos para la iglesia de Jesus, los fieles acostumbraban á llevar consigo el Evangelio de san Juan? Los mismos judíos ¿no le custodiaban cual precioso tesoro en el gazofilacio? San Epifanio lo asegura. Los gentiles ¿no le celebraban con las mayores alabanzas como una doctrina sobrehumana? San Agustin lo refiere. Ah! si Orígenes no dudó escribir que san Juan se habia enaltecido sobre todas las criaturas visibles é invisibles, y como deificado en virtud de su celestial doctrina, no faltó tampoco entre los mismos platónicos quien se atrevió á decir, que el principio de su Evangelio debía escribirse con letras de oro, y esculpirse sobre el frontispicio de todos los templos del orbe.

Forzoso es, amados oyentes, enmudecer sobre un asunto en que jamas pudiera hablarse dignamente, y pasar á considerar la sublimidad de san Juan bajo el carácter de profeta. Muchos fueron los hombres á quienes el Señor se dignara revelar sus secretos y hacerles depositarios del porvenir; mas ¿con quién usó jamas en este punto de una confidencia tan singular como con nuestro santo apóstol? Á los otros profetas reveló el Señor señaladamente algun acontecimiento particular, como á Isaías la vocacion de los gentiles, á Jeremías la ruina de la ciudad santa, á Ezequiel la restauracion del templo, y así de los demas. Solo de san Juan puede decirse que Dios no le ocultó ninguno de sus secretos. ¿Qué otra cosa es el misteriosísimo libro del Apocalipsis, sino una revelacion completa de todo cuanto debia suceder desde el principio de la iglesia hasta el fin del mundo? Así lo juzgan comunmente los sagrados expositores. ¡Qué océano de maravillas se descubre en ese divino volumen! ¡Qué rayos de luz salen de él! ¡Qué riquezas tan inestimables encierra! Aquí se leen los desastres que debian consumir la ruina del pueblo escogido, las sangrientas persecuciones que habian de sobrevenir al pueblo cristiano, ora de parte de los judíos, ora de parte de los gentiles que sucesivamente se conjurarian para su exterminio; las prisiones, las confiscaciones, los destierros y las crueldades que siete emperadores romanos ejercerian contra los adoradores del verdadero Dios. Allí

se refieren las ilustres victorias que debia conseguir la cruz, la confusion y caída del gentilismo, la gloria de la fe y la propagacion del Evangelio por todo el orbe. Ora se ve al nuevo imperio surgir en medio de Roma de entre las ruinas de la envejecida idolatría, la inundacion de los bárbaros, las rebeliones de los vasallos, las discordias de los príncipes, las revoluciones de los pueblos que por permission de la Providencia debian abrir camino á la predicacion de la verdad. Ora se apercibe allá á lo léjos la guerra que en la última época del mundo ha de suscitar el Antecristo; el tumulto, el espanto y el desfallecimiento de los hombres que han de presenciar la ruina universal; las señales que han de preceder al juicio final, su disposicion, su forma y hasta el número de los escogidos y de los réprobos. Todo, todo se comprende en aquel sublime libro que tantos han intentado inútilmente abrir, mucho ménos comprender. Los mas fecundos ingenios han protestado ser una temeridad el querer llegar á tener una inteligencia perfecta de él. Los unos le han comparado á un mar sembrado de escollos y de golfos en donde toda la humana sabiduría se estrella ó se hunde: los otros le han asemejado á un tesoro escondido que encierra tantos misterios como palabras; y no ha faltado quien dijese que esta sublime revelacion solo pudo entenderla claramente aquel á quien fué hecha por Dios.

Y bien, católicos, ¿puede darse cosa mayor en este punto? ¿No podremos decir que el Señor ensalzó á san Juan sobre todos los de su pueblo, pues que le escogió para manifestarle en un solo golpe de vista tantas maravillas? Si los demas profetas anunciaron sucesos que debian realizarse dentro de poco tiempo, y de que muchos de ellos habian de ser expectadores, san Juan anunció acontecimientos que distaban de su cumplimiento millares de millares de años; circunstancia que realza extraordinariamente el mérito de un profeta. Por eso un santo Tomas de Aquino, un Alberto y otros muchos ingenios de la iglesia católica, no han dudado asegurar que las profecias de san Juan deben ser antepuestas á todas las de la antigua ley.

¿Qué pues le resta sino el triunfo del martirio para ceñir la preciosa diadema que venimos tejiéndole en este discurso? Tal vez haya quien se atreva á disputarle esta gloria, porque no finalizó su vida en los tormentos. Empero fuera de que, como dice elocuentemente san Gerónimo, en los mártires no tanto se

corona la muerte como la voluntad de morir por Cristo; san Juan padeció de hecho todo cuanto hubiera bastado á acabar con su preciosa existencia, si un decreto providencial no hubiera impedido que se consumase el sacrificio. ¿No se le vió en una edad decrepita arrostrar con frente serena los mas crueles martirios? ¿No se le vió sufrir en medio de la soberbia Roma, azotado inhumanamente por la mano de verdugos desapiadados? ¿No se le vió arrojado en una inmensa balsa de aceite hirviendo, nuevo género de suplicio desconocido hasta entónces de los demas tiranos, é inventado por la barbarie del impío Domiciano? Si el Señor quiso que saliese de aquel candente baño, mas puro, mas hermoso, con mas lozanía que habia entrado, á manera del águila que renueva su juventud, ó como se expresa Tertuliano, á guisa de héroe que se retira del teatro de sus triunfos con mayor fortaleza para servir á la religion, ¿debemos por eso negarle la palma de mártir que una tradicion no interrumpida de tantos siglos y el consentimiento unánime de la iglesia viene atribuyéndole justamente? Ademas de que, ¿no fué toda su vida un martirio prolongado? ¿No apuró hasta las últimas heces aquel cáliz que el divino Maestro le prometió beberia con él, cuando su ignorante madre pedia para él una de las primeras sillas en el reino celestial? ¿Quién como san Juan padeció en el Calvario al lado de Jesus? El fué el único que permaneció constante al pié de la cruz, experimentando el inmenso dolor de ver espirar al Autor de la vida; él participó solo con María de aquellas espinas, de aquellos clavos, de aquella lanza cruelísima que penetró hasta las medulas de su amante pecho; él solo en fin sufrió aquellas dolorosas impresiones que naturalmente debian causar á un hijo los padecimientos de una madre, desamparada y afligida mas que todas las hijas de Adan, cuya tutela le estaba encomendada.

Pero baste, amados míos; es indudable que nada le ha faltado á san Juan para ser un verdadero mártir de Jesucristo. Él confesó la verdad en Jerusalem y la sostuvo á costa de las prisiones y de los azotes. Él confesó la divinidad del Hombre Dios, hasta en los pretorios, en los palacios de los pontífices y en el lugar mismo de la crucifixion; entre los verdugos, entre los ladrones, en medio del aparato estremecedor de la muerte. Él padeció en compañía de María cuanto puede sufrir un corazon amante, tormento mucho mas cruel que el del cuerpo. Él pade-

ció en la ciudad de los césares un suplicio nuevo, cruel hasta el extremo, bárbaro cual ninguno, y sin comparacion terrible. Si no perdió la vida como otros mártires en el tormento, como todos ellos hizo de ella el sacrificio mas heróico. La muerte no prevaleció contra él; pero él triunfó gloriosamente de la muerte.

Gloríate, pues, oh esposa inmaculada del Cordero; celebra las glorias de aquel héroe escogido del Señor entre los demas de su pueblo para ensalzarle á una altura á que ninguno ha podido llegar, puesto que en él ha derramado todos los dones que en los otros no ha distribuído sino parcialmente, á cada cual segun plugo á su santísimo beneplácito. En san Juan tienes al discípulo amado de Jesus por excelencia, porque en él se reunieron todas las circunstancias que contribuyen á engrandecer á un mortal. Las vírgenes le admiran como espejo de virginidad; los apóstoles como modelo de fervor y de celo; los doctores como un portento de sabiduría; los evangelistas como un águila en la penetracion; los profetas como un abismo de arcanos misteriosos, y los mártires como una víctima viva de caridad. Juan será siempre con sus escritos el baluarte de tu fe, el apoyo de tu religion, la esperanza de tus glorias, la prenda segura de tus triunfos. Con verdad puede decirse que este discípulo no muere, porque su espíritu existe y existirá siempre para confusion del error, para terror de la herejía, para consuelo de los fieles y alimento de los predestinados.

Gran Dios! Vos le enaltecisteis sobre todos los escogidos, para que sus virtudes fuesen el modelo de los cristianos, y sus merecimientos una fuente de esperanza para los que en vos creen. No sean, Señor, inútiles las primeras, ni ineficaces los segundos. Haced que imitemos á vuestro amado discípulo en su pureza sin mancha, en su fervor sin límites, en su caridad singularísima, en su constancia portentosa, y en todos los demas ejemplos de santidad que nos ha dejado vinculados. Pero al mismo tiempo sea para nosotros su intercesion un valladar que nos defienda contra el error, contra la mentira, contra el pecado, contra nuestras pasiones y contra los enemigos todos de nuestra salvacion. ¡Plegue á vos, que así como hoy celebramos en la tierra sus grandezas, merezcamos un dia participar de su gloria en la mansion eterna de los cielos.